

¿Vida?

Martín Palomino Fernández

Image not found.

Capítulo 1

John salía del estudio a las dos de la tarde. Aquel día, al ser miércoles, visitaría la residencia de ancianos, ayudaría en el comedor social y volvería a casa con la sensación del deber cumplido. El estudio de pintura donde trabajaba le aburría enormemente. A sus cuarenta años, con una mansión al lado de Central Park, una familia modelo, tres asistentes y un chófer todo el mundo diría que ya había alcanzado el bienestar, pero echaba de menos las tardes muertas con Mike en aquel cuchitril al oeste de Los Ángeles, mirando a las mujeres pasar con aquellas vestimentas tan variopintas, guardándolas en la memoria para luego retratar a alguna, una vez que volviesen a casa. Solo se acordaba de esas tardes y de lo que pintaba, el resto del tiempo se lo pasaba borracho, con alguna mujer que le dijese que le amaba después de haberle cogido tres o cuatro billetes de la cartera. Una vez tuvo una novia. La quiso y ella a él posiblemente también, pero el éxito se interpuso entre ellos y cuando lo llamaron para ir a Nueva York unos altos cargos de "Painting your mind" se tuvo que ir y abandonarla con mucho pesar. Al instalarse en La Gran Manzana los agobios, propios de un artista que empieza a tener reconocimiento, no tardaron en llegar. Ahí fue donde cualquiera habría dicho que empezó la buena vida para John, pero lo único que empezó fue el derrumbamiento de su felicidad.

-iShia! cierra todo cuando te vayas. Yo me voy a enseñar algún cuadro a cuatro vejestorios que mañana no se acordarán, para que se diviertan-. Últimamente aquella rutina le sacaba de quicio pero había que mantener la imagen de pintor amable, servicial y modesto pese a su inmensa fortuna. Cogió las llaves de su Mustang e inició la ruta. Siempre que iba a la residencia de ancianos, paraba por el Bronx, pero no bajaba del coche. Desde que llegó a la ciudad le habían fascinado los contrastes que coexistían en ella; aunque nunca los había retratado porque no era lo que la gente esperaba de él. Él debía pintar desnudos, algún que otro bodegón abstracto y de vez en cuando una estancia, para al final completar los nueve cuadros que le imponía el maldito contrato con la empresa. Recordaba cuando estudiaba historia del arte y se decía que las Academias imponían una dictadura sobre los artistas. Su profesor comentó que actualmente si un pintor quería sobrevivir y no ser un bohemio que va de cuarto en cuarto de alquiler, las grandes empresas ejercían el mismo poder dictatorial sobre el pintor. Estaba harto de la situación. Era posiblemente el mejor pintor de todo Estados Unidos y tenía que seguir las directrices de unos individuos que no sabían distinguir un Rembrandt de un Picasso. Frenó el coche en el último semáforo, antes de salir del Bronx. Un impulso lo llevó a aparcar en la misma acera, bajar con una libreta y un par de lápices en la mano y adentrarse en el seno del barrio por primera vez en su vida. Se sentó en un banco. Allí vio a tres chicos jóvenes fumando, que no le prestaban atención, observó a una madre con su hijo colgado, vio a dos chicas hablando y a un viejo

bebiendo. Todo lo esbozaba, desde los rizos del niño colgado de su madre, hasta la poco cuidada barba del viejo. Llevaba media hora cuando alzó la vista y se dio cuenta de que todo el mundo lo miraba despectivamente. Los jóvenes habían dejado de fumar, el viejo ya no bebía, las chicas tampoco hablaban. Supuso que era el momento de irse. Oyó algún que otro "blanco de mierda", pero nadie se le acercó ni nadie le amenazó. A lo mejor fue suerte, pero estaba convencido de que aquello fue una señal para cambiar el rumbo de su vida. Tal vez llamaría a Mike esa misma noche y beberían como antaño. Disfrutaba pensando en esa posibilidad, pero le prometió a su esposa, después de la última visita de Mike tres años antes, con la correspondiente borrachera, que no lo volvería a ver. No sabía si todo lo que había pasado era un sueño, pero en su libreta había algo dibujado con sentimiento después de tanto tiempo. Quedaban cinco minutos para las tres. Debía pisar el acelerador. No quería darle a la prensa rosa el titular de que aquella semana no había ido a ver a sus queridos ancianos.

Capítulo 2

"Marlon eres un tremendo fracasado" y otras frases que resonaban en mi cabeza. ¡Qué sabrían ellos! Todo venía de antaño, cuando puse el título de mi trabajo de fin de carrera con un par de faltas ortográficas. Fue un error de concepto. "A ver" y "haber" siempre los he confundido y claro, gente de veinte años aprovecha el mínimo fallo para criticarte. Cretinos. Pero soy un ave fénix. Volví a resurgir, después de unos años deambulando como reportero de un periódico local. Vivía en una casa bastante decente, en parte gracias a la herencia de la tía Molly. Era tremendamente ahorrador a la par que desdichado. Desdichado hasta que llegó a mí a gran idea. Fue como una bombilla que se enciende, como una ola que arrasa todo a su paso, como...como tantas metáforas que no quiero decir ahora. Rápidamente la idea me llevó a la máquina de escribir. Iba a escribir un Western basado en la Segunda Guerra Mundial. O tal vez la Segunda Guerra Mundial basada en un Western. Sí, esa era mejor idea. Iba a ser una obra maestra. La consolidación de Marlon Martin en el mundo de la novela. Novela que luego se pasaría al cine. La película también la dirigiría yo. Quería a Marlon Brando, a Boggart y a John Wayne. Sería la mejor película de la historia. No, no. Escribiría directamente el guión. La consolidación de Marlon Martin en el mundo del cine. Que gran película iba a ser. Al ponerme delante de la página en blanco por un momento me vi desfallecer al no saber qué escribir, pero no me iba a rendir y empecé a ejercitar la mollera. John Wayne sería un aliado estadounidense, claro. Brando haría de Stalin y Boggart de Hitler. Les pagaríamos un poco más para que aprobasen hacer esos papeles y aceptarían por la fuerza del guión. La guerra acabaría en un duelo entre los tres. Ganaría John Wayne, por supuesto. Faltaba la chica. Sería Grace Kelly. Haría de Elena de Troya y así mezclaría la Segunda Guerra Mundial con la mitología clásica. Grace iría en barco a las orillas de Normandía y allí recogería a John Wayne después de su victoria. Sería la obra perfecta, aclamada por crítica y público. Por fin haría algo más que pasarme la vida en aquel pueblo de mala muerte de reportero. A la semana siguiente llevaría el guión. Era maravilloso. Quedaría genial. Sería tan rompedor que Hitchcock se arrodillaría para poder dirigirla. Hollywood a mis pies. ¿Ahora qué decís? El fracasado de Marlon es el mejor escritor de la historia, y vosotros estáis en vuestros trabajos corrientes buscando una felicidad que nunca encontraréis. ¡Cretinos!

Capítulo 3

Golpes y redención.

Tercera caída a la lona y esta vez no me iba a levantar. Sangre y lágrimas que se confundían con el sudor. El boxeo era mi vida y ahora me daba la espalda. Los brazos caían como fardos a ambos lados de mi cuerpo y comenzaba la cuenta hacia mi perdición.

1... Recuerdo en Miami mi primer combate. No fue reglamentado y cuando iba ganando, cuatro amigos de mi contrincante me acorralaron y me dieron una gran paliza. Yo veía los golpes aproximarse y solo pensaba en mi padre. Me dijo que el camino no sería fácil. Recuperé la consciencia tres días después en un hospital.

2... Tristeza cuando me llegó una llamada de Krystal diciendo que solo era músculo y nada de cerebro, que no la quería y que quería su pensión de trescientos dólares al mes. Aquella conversación me duele más que la mayoría de los golpes que me he llevado a lo largo de mi vida.

3... Aspirante al campeonato del mundo. En mi memoria perdura ese día. Me llevé buenos golpes, pero gané. La vida me empezó a sonreír. Krystal esa noche me llamó para felicitarme, convirtiendo una noche memorable en un cúmulo de sombras en mi cabeza. Lloré en mi cama con el cinturón de campeón. Sabía que él no me consolaría en mis noches oscuras.

4... Autógrafos, mujeres, limusinas, puñetazos, caídas a la lona de los contrincantes, noches inolvidables. Tal vez la vida no era eso y yo vivía en una fantasía, pero cada día agradecía haber tenido la posibilidad de disfrutar de aquel espejismo, donde el fracaso y el dolor estaban fuera del diccionario.

5... Trevor y su inconfundible personalidad; un genio en lo suyo. Mi representante y mi mejor amigo. Tal vez mi único amigo en este circo. Muchas horas a su lado para saber que él era de verdad y que casi todos los demás se marcharían cuando la gloria me diese la espalda.

6... El estrépito de una bala en plena noche. Dolor seco y mi hombro desgarrado. Krystal en la puerta, al límite de la locura. Creo recordar que se fue corriendo porque perdí la consciencia debido a los nervios que había atravesado la bala. Mi brazo izquierdo no volvió a ser el mismo. A los tres días Trevor me informó que la habían cogido en el borde del puente dispuesta a tirarse.

7... Dos meses después del balazo de Krystal me enfrentaba al aspirante al título que tenía en mi poder. El brazo me falló y me llevé tantos golpes por ese lado que me tiré voluntariamente a la lona. Título perdido y vuelta a la senda del perdedor. La vida no es éxito o fracaso, sino que es una mezcla de los dos, donde los más fuertes se levantan y luchan por volver a la victoria y los débiles pelean por mantenerse en la mediocridad.

8... Treinta y ocho años. Mi vida como boxeador llegaba a su fin pese a que Trevor no quisiese aceptarlo. Me hacía viejo. Mis reflejos no respondían a los sutiles golpes de un joven, y mi cerebro cada vez era más débil. Quería retirarme dignamente. Nunca me he considerado un fracasado, aunque muchas veces haya vivido en la medianía.

9... John, mi hermano pequeño. Hacía cuatro años que no sabía nada de él. Cambió su apellido para que no se le relacionase conmigo. Ahora era un importante empresario en Wall Street. Vestía trajes de seda y no se acordaba de su familia. No era un verdadero hombre.

10... ¿El final? Escribiría una autobiografía porque mi vida era digna de una novela. Retrataría la crudeza del mundo del boxeo e intentaría que los jóvenes desesperados no viesen como una solución viable el combate. Si. Aunque me engañaría a mi mismo. Amaba al boxeo casi tanto como a Krystal. A lo mejor le pediría a Trevor que la localizase y la trajese a mi fiesta de despedida. Quería rehacer mi vida y no había mejor persona con quien empezar esta nueva etapa. Esto era el fin de los puñetazos y del dolor físico, pero aquí empezaba una vida tranquila, con entrevistas para la prensa rosa y tal vez, en un futuro entrenaría a cualquier chico con posibilidades y lo llevaría a la cima. Este mundillo era como oxígeno para mis pulmones y quería seguir respirando hasta el final de mis días.

¡K.O!

Capítulo 4

Al menos fuiste tú.

Su mundo estaba en llamas. Su vida se había convertido en un incendio descontrolado. Martha lo había dejado plantado en el altar, lo habían despedido del trabajo cuando se pidió una baja por depresión, sus amigos le habían dado la espalda y ahora dos años después, cuando el fuego empezaba a mitigarse, cuando había dejado de llorar todas las noches, cuando el psicólogo le había dicho que estaba haciendo grandes progresos, entonces, la vida le volvió a dar la espalda.

-Llaman a la puerta Mecks, ve a abrir que me estoy arreglando-. Mecks, que así era como lo llamaban todos, fue a abrir, y para su sorpresa no había nadie. Solo había una nota. Mecks la abrió con cautela. Alguien había escrito "Ven a verme al bar del puerto, K". Mecks estaba bastante intrigado, pero no le comentó nada a su hermana. Esperó a que se acabase de arreglar, y le instó a cancelar la reserva en el restaurante que tenían para ir al bar del puerto. Su hermana, con bastante resignación aceptó finalmente por la insistencia de Mecks. Llegaron al bar y allí esperaba ver alguna cara conocida, alguien que hubiese podido escribir la nota, pero nada. Al final, cuando se iban a ir, Tony, el camarero, le dijo que había una nota para él. Le preguntó que quién la había dejado, y él dijo que no lo podía decir, a lo que Mecks respondió cogiéndolo de las solapas de la camisa y diciéndole, -¿Aprecias tu vida Tony?, ¿Aprecias este bar? Pues más vale que me lo digas si mañana no quieres encontrarte un montón de escombros donde antes solía estar este acogedor lugar-. Tony sabía que desde lo de Martha, Mecks estaba trastornado y dudaba que bromease, por lo que le respondió, -Una mujer Mecks, una mujer. Solo me ha dejado la nota y se ha ido. Lo juro-. Mecks estaba bastante satisfecho con la respuesta y con su capacidad intimidatoria. Abrió la nota de nuevo con cautela y vio escrito con la misma letra "Joder, quería que vinieses solo, no con tu hermana. Mañana a la misma hora aquí. Tú solo. No traigas a nadie Mecks. K". Mecks estaba empezando a estar intrigado de verdad. Por suerte su hermana había salido del bar antes de que empezase la trifulca y no se había enterado de nada. -Mañana sabré a quien escondes, K- Se dijo para sus adentros.

Esa noche durmió, aunque con pesadillas, como siempre. La pesadilla más recurrente era verse a él mismo en el altar, con su esmoquin y que empezasen a estallar relojes a su alrededor al ver que la novia no se presentaba, sin embargo esa noche hubo una variación. La novia si se presentó y los relojes no estallaron. Simplemente, se casaron. Se despertó de un sobresalto y llamó a su psicólogo, Kris, pese a que eran las cuatro de la mañana. Él le respondió con voz somnolienta. Mecks le contó

su pesadilla y la nueva variante y Kris le respondió que se pasase mañana por su consulta para poder darle una explicación más meditada. Mecks colgó y se volvió a dormir.

Al día siguiente Mecks se levantó pronto, se puso un par de zapatillas, su chaleco preferido y se encaminó a la consulta del doctor Kris. Allí éste le pidió que le explicase más detenidamente el sueño. Mecks se lo contó y para cuando hubo acabado de exponerlo, el psicólogo no había encontrado ninguna explicación loable. Le preguntó que si había tenido algún contacto con Martha, o si había tenido emociones fuertes o le habían sucedido cosas fuera de lo común. Mecks respondió con sendos, -No, no y no-. El doctor le dijo que lo estudiaría y que en un par de días lo llamaría, a lo que Mecks le respondió, -Para entonces a lo mejor, no estamos aquí-. Kris hizo caso omiso de esa apreciación. Se despidieron cordialmente y Mecks salió de la consulta.

Iba caminando, dando patadas a todas las piedrecitas del camino que llevaba hasta su casa. Llegó a la puerta pero decidió no entrar. El día se le iba a hacer muy largo si se quedaba en casa hasta la hora de la cena, esperando para poder ir al bar y descubrir la identidad secreta de la mujer que le iba dejando notas por las esquinas.

Fue a Rancho Escondido. Era un lugar tranquilo, con pequeñas colinas, donde le gustaba estar y pensar en sus cosas, aunque ese día solo había una cosa en la que pensar. ¿A quién conocía que empezase su nombre por K? Tal vez era su psicólogo que le estaba haciendo una prueba. O su hermana. O Karl, uno de los pocos amigos que conservaba y que había estado durante todo su proceso de depresión y le había soportado. Se sentó en una de esas colinas que bañaban el paisaje de Rancho Escondido. Se tumbó y cerró los ojos. Pensó en las vueltas que daba la vida y pronto se vio a él dando vueltas colina abajo. Tenía suerte de que esas colinas no eran muy empinadas y pudo incorporarse, no sin algún rasguño. Lo mejor sería irse y esperar a que se hiciese de noche en casa, sentado en su sillón viendo una película de detectives con un buen cuenco de palomitas.

Llegó por fin la hora de salir a cenar. Mecks fue tranquilamente paseando al puerto. Cuando Tony vio que Mecks iba a entrar al bar se pensó si llamar a sus hijos y que lo echasen a patadas, pero decidió que mientras no montase alboroto lo dejaría cenar. Además, la misma mujer le había dejado otra nota, y sería curiosa la reacción de Mecks. -Hola Tony, tomaré lo de siempre, ¿Hay algo para mí?- Preguntó con un deje de ansiedad, esperando que la mujer lo estuviese esperando en alguna de esas mesas y le hubiese dicho a Tony que cuando llegase Mecks le dijese cual de esas mujeres era. -Muy bien. Ahora que lo dices si hay algo para ti. Toma-, respondió Tony con una mirada curiosa cuando le entregó la nota. -¿Otra nota?-, dijo Mecks. La abrió como las otras. Esta vez la letra era más irregular y nerviosa que en las otras notas. "Te estaré esperando en la

trasera del bar. Tómate lo que hayas pedido. No quiero levantar sospechas."

Mecks, a quien le podía la impaciencia salió del bar sin esperar a que Tony le sirviese su cena y allí vio una silueta parecida a la de...no. No podía ser. -¿Martha?- La silueta se dio la vuelta y pese a la escasa luz que había en aquel sitio, Mecks pudo distinguir a la causa de la destrucción de su vida, sin embargo esta vez era Martha la que parecía rota por dentro y por fuera. -Sí Mecks. Soy yo. Te preguntarás por qué estoy aquí, pero creo que ya lo sabes-. Le temblaba la voz, pero a Mecks también le temblaban las piernas. Martha prosiguió, -He venido, para recordarte que tal vez yo te destrocé la vida, pero tú no te quedaste atrás. Es posible que una de las noches posteriores a nuestra fallida boda te llenases de pastillas y considerases que era buena idea quemar mi casa, destrozarme mi coche y matar a mi perro. Dos años de investigación han hecho falta para que me confirmen lo que yo ya sabía. La jodiste en una cosa Mecks. Dos años han sido necesarios para quitar todo el jodido hollín de las paredes, para saber si había alguna huella. Algo. Y tanto que había algo Mecks-. Mecks, que para entonces ya se había rehecho, contemplaba impasible a la mujer que le dejó plantado en el altar. No recordaba haber hecho esas cosas, pero si sabía que durante una época jugó con todo tipo de pastillas y drogas. Pastillas que le daban la valentía que a él le faltaba, por lo que consideraba posible que hubiese cometido eso de lo que Martha lo acusaba. Pero de todas formas lo dejó plantado en el altar. Se lo merecía. Martha continuó hablando, -En la pared seguía escrito pese al incendio. "Soy Mecks. Tu prometido. ¿Me recuerdas? Ahora si lo vas a hacer. Tuyo. Siempre." Mi abogado me dice que me pagarás una gran indemnización en el caso de que no quieras ir a los tribunales, pero no me interesa. Me interesa acabar contigo. Estos dos años rehaciendo mi vida han sido horribles-. Lo dijo al tiempo que sacaba una pistola y apuntaba a Mecks. Éste, le respondió con una tranquilidad inusual impropia de alguien a quien le están apuntando con un arma, -Es curioso ¿Verdad? Me va a disparar quien antes paraba las balas por mí. Acaba con mi sufrimiento, con mis pesadillas. Acaba conmigo. Y una vez que lo hayas hecho, espero que tu conciencia esté tranquila. Pero hazlo-.

Un disparo rasgó la noche y el mundo se desvaneció.

Capítulo 5

Las segundas oportunidades son efímeras

Cuando Carlyle volvió a ver a Sally después de tres años, una ventana en su memoria se abrió y los recuerdos se revolvieron en su mente.

Siempre rememoraba los momentos dolorosos, en los que se refugiaba cuando estaba solo. No bebía porque no quería olvidar cuando fue feliz. Carlyle era un hombre silencioso, triste y sin aparentes metas en la vida. Encontró trabajo casi sin querer en aquella biblioteca. De lunes a jueves se encargaba de ser el bibliotecario de la sala de estudio y lectura. Los viernes llevaba a cabo la tarea de colocar los libros que habían llegado a lo largo de la semana. Nunca había sido alguien que se sometiese a horarios, pero como trabajaba por la tarde podía levantarse tarde y tocar el piano, que era una de las pocas cosas que no le causaban hastío insuperable.

Allí fue, en una de esas tardes monótonas, cuando lo único que salía de sus labios era el sonido típico de un aspersor mandando callar a los niños ruidosos y a los adolescentes que iban a la biblioteca a hacerse fotos y compartirlas demostrando lo dura que era la vida del estudiante. Allí la vio después de tres años y más de cien noches rotas, abrió la puerta de la sala, se miraron y ella aparentó no reconocerlo. Es cierto que Carlyle se había descuidado. Tenía una barba poblada y poco arreglada y además se había dejado crecer el pelo desde hacía tiempo, pero después de haber pasado tantos momentos no se explicaba como a pesar de sus cambios ella no lo reconociese. Ella estaba más guapa que nunca.

Durante esa hora en la que ella se dedicó a leer un libro de Truman Capote, por primera vez Carlyle no pensó en la despedida de Sally, y en como lo besó por última vez, diciéndole que lo volvería porque así estaba escrito el destino. Esta vez pensó en aquel viaje a Venecia, en el que no era la gravedad quien le mantenía erguido, sino la presencia de Sally. Días en los que estaban seguros de ser la pareja más enamorada de las que paseaban en góndola por los infinitos canales de la ciudad.

Carlyle tenía la necesidad de hablarle, pero no encontró las palabras para decirle que sus insomnios y ojeras le pertenecían, para decirle que la echaba de menos, para rogarle que se quedase en aquella biblioteca por siempre. Al cabo de una hora cerró el libro, miró a Carlyle y le sonrió como antaño. Abrió la puerta de la misma manera que hizo tres años antes y se fue, tal vez para no volver.

Capítulo 6

Salvar lo insalvable

-Diga su nombre

-Matt Dogherty

-¿Edad?

-Me sonroja señor agente.

-No estoy para juegos.

-Cuarenta y tres.

-¿Mujer? ¿Familia?

-Mi mujer se llama Emily. Dos hijos. Matt y Glen.

-¿A qué se dedica?

-Estoy sin trabajo ahora mismo.

-¿Para qué tipo de trabajos está usted cualificado?

-Extorsiones, robos...

-El polígrafo indica que miente.

-Tal vez el polígrafo no esté acostumbrado a tanta sinceridad, ¿eh?

-Se quedará usted unas horas aquí, en observación.

-Ni que esto fuera un jodido hospital.

-¿Perdón?

-Nada, nada. Esperaré pacientemente

Mierda. Ahí estaba yo en la sala del polígrafo. Estaba allí por haber destrozado dos marquesinas con el coche y un par de farolas además de unas cuantas papeleras. Yo estaba convencido de que los policías estarían dispuestos a dejarme salir pagando una multa importante y con cargos de alteración del orden público. Fui yo el que se empeñó en que me hiciesen

la prueba del polígrafo. Tenía que intentarlo. Mi hermano estaba en la cárcel acusado de asesinato. ¿Cómo va a ser Todd un asesino? Siempre ha sido un chico violento, es cierto. Tenía antecedentes por haberle propinado una paliza a un camello que le pasó sal en lugar de lo que habían acordado, pero yo no tenía ninguna duda de que Todd no había matado a nadie.

Mi intención era entrar en la cárcel y hablar con él. Según tenía entendido estaba en la misma zona que los presos comunes. Aún no había sido trasladado a la zona de crímenes graves. Todd no quería recibir ninguna visita. Ni de nuestra madre, ni de su hija, ni de mi. Lo entiendo. No querrá que sus seres queridos lo vean destrozado y derrumbado ante lo injusto de la situación.

Ya había pasado una hora. Me aburría. Llevaba dando vueltas a la sala un buen rato; había hecho unas cuantas flexiones, me había bebido un refresco de la máquina que está en la esquina de la sala. Me puse a pensar en el hombre que me ha interrogado. No debía ser muy común por aquí que el delincuente sea quien pida el polígrafo. El tío estaba bastante sorprendido. Creo que decir lo de extorsiones y robos ha sido una suprema tontería. Tal vez si hubiese dicho que me dedico a los negocios y que todo es una tapadera por que tengo unos jefes que me piden que realice actos vandálicos por toda la ciudad para distraer la atención y ellos realizar sus actividades ilícitas, el polígrafo habría indicado que decía la verdad. Tal vez si hubiese dicho eso ahora estaría con una citación para el juzgado de la mano. Probablemente no. Lo más seguro es que también hubiese dicho que miento. Seguramente lo único que estaba haciendo era gastar mi tiempo y posiblemente mi dinero, cuando llegase la multa a casa, además de tener antecedentes. ¿Qué estaba haciendo? La idea de hablar con Todd en la cárcel no tenía ningún sentido. Ahora si estaba realmente preocupado por lo que me podía pasar a mi.

-Buenas tarde señor Dogherty, vengo a enseñarle algo-. El hombre que hablaba era alto, de piel blanquecina, con un tic en la mano que me ponía bastante nervioso. No me gustaba su aspecto enfermizo. Su acompañante era el que me había interrogado antes.

Puso un disco en el lector y encendió la tele. -Señor Dogherty, esta es la grabación del día ocho de Agosto de la cámara del centro comercial Buy&Buy en el que su hermano cometió un asesinato; hace una semana exactamente. ¿Podría decirnos si reconoce a alguien en la imagen?-. Allí estaba Todd, con un bate en la mano y con una pistola en la chaqueta. No estaba seguro de querer seguir viendo el vídeo. Así se lo dije, pero hizo caso omiso. Se veía como Todd entra en una tienda, y le pide al dependiente el dinero. Éste se niega y Todd le mete un tiro en la sien. Así, a sangre fría. Y se queda allí.

Lo que no me explicaba es como la grabación no había llegado a los medios. Me explicaron que estaban dando un margen para enviarla a la televisión. Me sentía desmayar.

-Señor Dogherty-, repitió el hombre alto, -Usted se enfrenta a una condena de dos años además de una multa de quince mil dólares por alteración del orden público, por poner vidas en peligro y por conducción temeraria. Si su intención era ver a su hermano, es probable que lo consiga-. Eso fue demasiado. ¿Cárcel? ¿Por qué no una multa? ¿Todd asesino? Caí en redondo al suelo.

Al mes siguiente la condena se hizo efectiva. Mi abogado de oficio era nefasto.

Gracias Todd por destrozar la vida de ese dependiente inocente y de su familia. Gracias por destrozar la mía por haber confiado en tu inocencia. Seré el primero que te de una paliza en la cárcel.

Capítulo 7

TEMORES ¿REALES?

Estoy en la sala de espera de la consulta del doctor Whitaker. Me siento extremadamente incómodo. A los lados tengo a niños llorando de una forma desagradable, a padres incompetentes que no consiguen consolar a sus incomprendidos hijos, también está esa señora de unos ochenta años, vestida enteramente de negro que de vez en cuando reza un rosario, y qué decir de ese cincuentón desaliñado esperando unos resultados, que si me guío por su expresión y actitud, no serán buenos. Sin embargo hay algo, más bien alguien realmente perturbador en la sala. Ese señor trajeado, de unos sesenta años, que me mira constantemente. De vez en cuando baja la vista al maletín que llevo en mis brazos, y cuando creo que por fin va a dejar de examinarme, levanta otra vez la mirada y me vigila directamente, sin descanso. He intentado mantenerle la mirada, pero he desistido a los cinco segundos. Sus ojos son de un inquietante azul claro. Pareciese como si pudiesen leer mis pensamientos. Como si fuesen capaces de apreciar mis miedos. Tal vez sea solo un viejo más, aburrido, que tiene curiosidad por saber lo que llevo en el misterioso maletín. ¡Pues se lo diré! Léeme bien los pensamientos, abuelo. Este maletín está repleto de dinero. Mi empresa, que es una de las farmacéuticas más importantes del país, ha llevado un arriesgado plan para sobornar a los principales médicos de cada ciudad para que receten una serie de medicamentos con los que estamos experimentando. Nada peligroso. Y aquí va el dinero para el amable señor Whitaker. Venga viejo, ya lo sabe. ¿Ya está más tranquilo?

Como por arte de magia el viejo desvía la mirada. Si ya tenía una sensación de crispación que me recorría todo el espinazo, ahora esa percepción se había extendido por todo mi cuerpo. ¡Dios, no! El viejo se levanta y se acerca hacía mí. ¡No! -SEÑOR MORRIS. La voz que suena por el altavoz pronuncia mi nombre justo a tiempo. Me levanto y el viejo vuelve a su sitio. La tranquilidad regresa a mi cuerpo. Mis pulsaciones se equilibran y respiro con normalidad. En esta lucha psicológica me has tenido contra las cuerdas, abuelo.

Entro en la consulta del doctor. Me siento y espero a que hable él por cortesía. -Señor Morris, según sus resultados de las pruebas y del test psicoanalítico que le hicimos puedo verificar que padece un trastorno delirante de tipo persecutorio. Tiene una paranoia continúa. No es capaz de entender que no hay nadie que le persiga, nadie quiere matarle, además le es imposible asumir que la empresa a la que pertenecía ha prescindido de sus servicios-. Esto me ha dejado atónito. ¿Qué dice el doctor? ¿De qué habla? Yo solo he venido a darle el dinero para que

recete los medicamentos que acabamos de crear. ¿Por qué me dice esta sarta de tonterías? Abro el maletín para darle el dinero y demostrarle que se equivoca. Cuando termino de abrir la cremallera descubro que su interior está vacío. ¡Mierda! He vuelto a dejarme el dinero en casa. Ya van tres veces este mes. Me despido del doctor y le digo que traeré su mercancía la próxima semana a la vez que le guiño un ojo. Oigo al Doctor Whitaker resoplar, aunque no entiendo muy bien por qué. Cuando voy a abrir la puerta, recuerdo al viejo y la entreabro echando un vistazo a la sala de espera. Siguen los niños incomprendidos y los padres incompetentes. Ni rastro del inquietante señor de ojos azules. Me calmo. El peligro ha pasado. Salgo corriendo. No quiero exponerme a que el vejstorio se hubiese ido al baño o cualquier cosa. Inspiro el aire fresco. Esta vez me he salvado pero debo tener más cuidado si quiero seguir vivo.